

Toros salvajes, extranjeros descartados y campeones insolentes:

Estados Unidos y la construcción cultural de los boxeadores argentinos*

DANIEL FRIDMAN** Y DAVID SHEININ***

En la última década, los académicos han prestado creciente atención a la influencia e impacto de Estados Unidos en Filipinas, Panamá y otras sociedades en donde Estados Unidos ejerció un dominio imperial violento.¹ En países en los que el imperialismo norteamericano fue menos devastador para la cultura política local, la naturaleza de la influencia cultural norteamericana y su impacto está menos clara y menos documentada.² Argentina es un ejemplo de ello. La influencia política y cultural de Estados Unidos en Argentina durante el siglo XX no puede ser equiparada con los casos de México o República Dominicana, ni puede decirse que hayan tenido un impacto tan profundo sobre la cultura local. Pero al mismo tiempo, las influencias culturales norteamericanas han sido penetrantes y han tenido un sostenido impacto en la Argentina.

Existe sin dudas el peligro de trivializar la fuerza del imperio norteamericano al confundir argentinos y filipinos como pueblos sometidos. La Argentina no es un caso “clásico” de imperialismo norteamericano en América Latina. Aun cuando Estados Unidos apoyó el golpe de Estado de 1976 en Argentina, no hay evidencia de apoyo militar y de inteligencia en una escala equivalente a los golpes militares de Brasil en 1964 y Chile en 1973. A pesar de que las Fuerzas Armadas argentinas utilizaron armas y estrategias militares norteamericanas para el terrorismo de estado desde la década del ‘60, no hay un equivalente argentino a la intervención masiva de Estados Unidos en conRAINTeligencia en El Salvador o Guatemala.³ Aun cuando hubo una importante influencia cultural norteamericana en la Argentina en el siglo XX, no hubo una presencia de Estados Unidos tan devastadora como las del imperialismo ecológico en Panamá, los cultos a la masculinidad en República Dominicana, o la presión norteamericana por una modernidad contradictoria y colonial en Puerto Rico.⁴

* Traducido de: FRIDMAN D. y SHEININ D., “Wild bulls, discarded foreigners, and brash champions: US empire and the cultural constructions of Argentine boxers”, en *Left History*, 12.1 (Spring/Summer 2007), pp. 52-77.

** Columbia University, Estados Unidos.

*** Trent University, Canadá.

1 Alan McPherson, “From ‘Punks’ to Geopoliticians: US and Panamanian Teenagers and the 1964 Canal Zone Riots,” *The Americas*, 58, no. 3 (2002): 395-418; Renato Constantino, “The Miseducation of the Filipino,” en Ángel Velasco Shaw y Luis H. Francia, comps., *Vestiges of War: The Philippine-American War and the Aftermath of an Imperial Dream, 1899-1999* (Nueva York: New York University Press, 2002), 177-192.

2 Véase, por ejemplo, “Don’t Sell things, Sell Effects’: Overseas Influences in New Zealand Department Stores, 1909-1956,” *Business History Review*, 77, no.2 (Summer 2003): 265-289.

3 Paul J. Dosal, *Doing Business with the Dictators: A Political History of United Fruit in Guatemala, 1899-1944* (Wilmington: SR Books, 1993), 231.

4 Michael Gonzalez-Cruz, “The US Invasion of Puerto Rico: Occupation and Resistance to the Colonial State, 1898 to the Present,” *Latin American Perspectives*, 25, no. 5 (Septiembre 1998): 726; Dennis Merrill, “Negotiating Cold War Paradise: US Tourism,

Economic Planning, and Cultural Modernity in Twentieth-Century Puerto Rico,” *Diplomatic History*, 25, no. 2 (Spring 2001): 179-214; Eric Paul Roorda, “The Cult of the Airplane among US Military Men and Dominicans during the US Occupation and the Trujillo Regime,” en Gilbert M. Joseph, Catherine C. LeGrand, y Ricardo D. Salvatore, comps., *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of US-Latin American Relations* (Durham: Duke University Press, 1998), 269-310; John Lindsay-Poland, *Emperors in the Jungle: The Hidden History of the US in Panama* (Durham: Duke University Press, 2003).

5 Helen Delpar, *The Enormous Vogue of Things Mexican: Cultural Relations Between the United States and Mexico, 1920-1935* (Tuscaloosa: University of Alabama Press, 1992), 198-201.

6 Penny M. Von Eschen, “‘Satchmo Blows Up the World’: Jazz, Race, and Empire during the Cold War,” in Reinhold Wagnleitner and Elaine Tyler May, eds., *‘Here, There and Everywhere’: The Foreign Politics of American Popular Culture* (Hanover: University Press of New England, 2000), 164.

7 Reinhold Wagnleitner, “The Empire of Fun, or Talkin’ Soviet Union Blues: The Sound of Freedom and US Cultural Hegemony in Europe”. *Diplomatic History*, 23, no. 3 (Summer 1999): 499-425; Robin D. Moore, *Nationalizing Blackness: Afro-Cubanismo and Artistic Revolution in Havana, 1920-1940* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1997), 112-113.

Aun así, el argumento de este artículo es que las influencias culturales estadounidenses en la Argentina, y más específicamente, la construcción cultural de los boxeadores argentinos en Estados Unidos son significativas por lo que representan de la cultura imperial norteamericana tanto en la Argentina como en el resto de América Latina. Esa cultura exotizó a los latinoamericanos, tuvo profundas influencias en la sociedad argentina y unió la experiencia de la Argentina a las de otras naciones del hemisferio.⁵ El intercambio cultural, según el historiador Penny M. Von Eschen, “fue la mercancía que siguió de cerca a las mercancías típicas de la guerra fría –petróleo y uranio– junto con otras cruciales para la seductora abundancia norteamericana”.⁶ Algunas veces –como en el caso de la música de Louis Armstrong o las pinturas de Jackson Pollock– la expansión cultural fue la piedra angular de la política exterior estadounidense, y fue promovida tan activamente por el gobierno como lo fueron la expansión política y económica. Pero con la misma frecuencia, la expansión cultural funcionó independientemente de los objetivos políticos del gobierno. Reinhold Wagnleitner argumenta que algunos de los casos más fuertes de expansión cultural norteamericana van a contramano de las ideologías dominantes y la cultura de la elite de Estados Unidos. Muchas sociedades han celebrado y adoptado elementos de la cultura popular afroamericana precisamente porque, durante la era del movimiento de derechos civiles, la veían como alternativa a la cultura oficial estadounidense. En cierta medida, los boxeadores y seguidores del boxeo en la Argentina veían este deporte como parte de la cultura afroamericana. Asimismo, como influencia cultural norteamericana, el boxeo no llegó a la Argentina ni como expresión de la política del Departamento de Estado ni como antídoto a la dominación de Estados Unidos.⁷

Con la posible excepción de las películas de Hollywood, no ha habido un punto de contacto cultural entre Argentina y Estados Unidos más importante que el boxeo. El popular mundo del boxeo argentino se erigió en gran medida con una estética norteamericana, comenzando con la construcción del Luna Park, la arena de boxeo principal del país, a comienzos del siglo XX. Equivalente y hasta quizás más importante que el Madison Square Garden en el imaginario pugilístico argentino, el estadio fue nombrado igual que el parque de diversiones de Nueva York. Abierto en 1903, el Luna Park original de Coney Island inspiró decenas de copias en Estados Unidos y en otros países. “Luna Park” pasó rápidamente a formar parte de un vocabulario que

acentuaba el placer y el deseo y que fue un ejemplo temprano de la fuerza colonizadora de la cultura popular estadounidense.⁸

El presente artículo considera dos temas entrelazados. El primero es la construcción del imaginario sobre los boxeadores argentinos en Estados Unidos y la variedad de las experiencias inmigratorias de los boxeadores argentinos en ese país. Desde 1920, como producto de la mercantilización del boxeo siguiendo el modelo norteamericano, muchos púgiles argentinos buscaron éxito, fama y fortuna en Estados Unidos. La llegada a este país de varias generaciones de boxeadores promovió la construcción cultural de un boxeador argentino exotizado, un ideal masculino de potencia y fuerza bruta, paralelo al imaginario sobre los boxeadores afroamericanos y de otros países extranjeros. La relación bilateral en el boxeo fue tan intensa que contribuyó a definir lo que emergería como la única imagen popular duradera sobre lo “argentino” en Estados Unidos: el boxeador argentino.⁹ Sin embargo, esta construcción idealizada ocultaba la realidad de la migración pugilística. Mientras el imaginario era el de un poderoso extranjero que desafiaba la supremacía del boxeo norteamericano, los boxeadores argentinos en Estados Unidos rara vez se parecían a esa imagen. La mayoría de las veces eran abatidos física y económicamente en su estancia en Norteamérica.

En segundo lugar, este artículo sostiene que la presencia de boxeadores argentinos en Estados Unidos forjó la sensación en la Argentina de que estos eran protagonistas en la escena pugilística norteamericana. Esto, a su vez, dio forma a la cultura del boxeo argentino y a la imagen que este se hacía de sí mismo. La relación bilateral no solo contribuyó a formar visiones populares sobre los argentinos, sino que además el modelo cultural del boxeador norteamericano produjo el estilo y la personalidad de ciertos boxeadores argentinos. Estados Unidos ejerció una forma de poder cultural a través del box que promovió conductas e ideales norteamericanos más ampliamente.¹⁰

Toros salvajes

En 1956, Humphrey Bogart protagonizó *The Harder They Fall*. El film –el último de Bogart y una más de la larga serie de películas de Hollywood sobre el box¹¹– relata la historia del periodista de boxeo Eddie Willis, que en sus años de decadencia acepta una tarea poco digna de su conocida honestidad. Nick Benko, jefe del hampa neoyorquina, lo contrata como agente de prensa de Toro Moreno. Re-

8 Woody Register, *The Kid of Coney Island: Fred Thompson and the Rise of American Amusements* (Nueva York: Oxford University Press, 2003), 7-10, 17.

9 Después de 1985, a medida que el boxeo decaía como deporte popular y masivo en la Argentina y Estados Unidos, la imagen del boxeador argentino desapareció de la imaginación popular estadounidense.

10 Brian Stoddart, “Sport, Cultural Imperialism, and Colonial Response in the British Empire,” *Comparative Studies in Society and History*, 30, no. 4 (octubre 1988): 650.

11 Edward J. Recchia, “Martin Scorsese’s *Raging Bull*: In Violence Veritas?” *Aethlon*, 7, no. 2 (Spring 1990): 21-31; Leger Grindon, “Body and Soul: The Structure of Meaning in the Boxing Film Genre,” *Cinema Journal*, 35, no. 4 (Summer 1996): 54-69.

cientemente importado de Argentina, Toro Moreno es una contradicción. Pese a su enorme físico, Moreno es incapaz de golpear con firmeza, mucho menos de ganar legalmente una pelea. Con la ayuda de Eddie, el argentino superará sus limitaciones atléticas. Moreno asciende en los rankings gracias a peleas arregladas y a una prensa cómplice. Enfrentado en el final a una chance por el título –en una pelea que no puede arreglarse– Moreno es noqueado y dañado severamente por un oponente superior. Toro decide regresar a la Argentina con la “fortuna” obtenida boxeando en Estados Unidos; pero luego de gastos de managers, entrenadores, etc., la suma que le corresponde se reduce a 49,07 dólares. El final de la historia es de redención, pero no para el boxeador. Eddie, en un acto heroico que lo devuelve a sus honestas raíces, finalmente entrega a Toro la fortuna amasada en el affaire y se dispone a escribir en contra de la mafia enclavada en el boxeo americano.

Libremente inspirada en la carrera del boxeador italiano Primo Carnera, la película refleja una tradición orientalista de Hollywood que diluye la multi-etnicidad estadounidense en un tratamiento bipolar de la raza, en este caso el combate blanco vs. hispano.¹² Esa tradición jugó un importante papel equivalente en lo que el historiador Gerald Horne llamó la “praxis de la supremacía blanca” en las relaciones exteriores de Estados Unidos. Después de 1890, crecientemente complejos ideales nacionales y extranjeros sobre la blancura americana fueron yuxtapuestos con construcciones igualmente complejas sobre la negritud extranjera, para producir una ideología y una política de dominación de Estados Unidos sobre pueblos sometidos.¹³ El carácter abierto del racismo norteamericano en las relaciones exteriores comenzó a desdibujarse luego de la Segunda Guerra Mundial, aunque pronto se formaron nuevas construcciones culturales acerca de la raza y la superioridad estadounidense. En el contexto de la derrota japonesa, Hollywood produjo nuevas representaciones de los asiáticos, y los políticos norteamericanos asociaron crecientemente raza con subversión política, a la luz del activismo de Martin Luther King Jr. y Paul Robeson.¹⁴ Además, *The Harder They Fall* anticipó el “*muscle gap*”, una ansiosa política del gobierno norteamericano que sugería que la cada vez mayor debilidad física de los varones blancos estadounidenses se convertiría en una amenaza para la seguridad nacional. Tradicionalmente el más masculino de los pasatiempos norteamericanos, la corrupción del boxeo reflejaba ahora las distorsiones del cuerpo blanco estadounidense, que a su vez hacían al país más vulnerable a la temida amenaza comunista.¹⁵

12 Delia Konzett, “War and Orientalism in Hollywood Combat Film”. *Quarterly Review of Film and Video*, 21 (2004): 338.

13 Gerald Horne, “Race from Power: US Foreign Policy and the General Crisis of ‘White Supremacy’,” *Diplomatic History*, 23, no. 3 (Summer 1999): 454; Eric Lott, “White Like Me: Racial Cross-Dressing and the Construction of American Whiteness,” en Amy Kaplan y Donald E. Pease, comps., *Cultures of United States Imperialism* (Durham: Duke University Press, 1993), 474-495.

14 Andrew J. Rotter, *Comrades at Odds: The United States and India, 1947-1964* (Ithaca: Cornell University Press, 2000), 150-156; Mary L. Dudziak, *Cold War Civil Rights: Race and the Image of American Democracy* (Princeton: Princeton University Press, 2000); Carol Anderson, *Eyes Off the Prize: The United Nations and the African American Struggle for Human Rights, 1944-1955* (Cambridge: Cambridge University Press, 2003).

15 Jeffrey Montez de Oca, “As our Muscles Get Softer: Our Missile Race

Entre 1930 y 1960, las películas de boxeo representaban alrededor de un tercio de las películas sobre deportes hechas en Hollywood, una proporción superior a la de cualquier otro deporte. Los productores usaban al boxeo en el cine como medio para introducir moralidades e ideologías a una amplia audiencia.¹⁶ En *The Harder They Fall*, la transformación de un italiano (Primo Carnera) en un argentino no es apenas una casualidad sino que remite al boxeo argentino como construcción cultural en Estados Unidos. La alusión a la Argentina ligada a una masculinidad bruta y un poder exótico se remonta explícitamente a 1923, cuando el argentino Luis Ángel Firpo desafió a Jack Dempsey por el título mundial en el Polo Grounds de Nueva York. Firpo había sido bautizado en Estados Unidos como el *Toro Salvaje de las Pampas*, mientras a Moreno se lo publicitaba en el film como el *Hombre Salvaje de los Andes*. Como púgil, Firpo era muy distinto de Toro Moreno. El Moreno ficcional era ingenuo, grandote y torpe, sin ninguna habilidad. Firpo era un pegador poderoso y un boxeador brillante que, según muchos observadores, debió ganar el combate con Dempsey luego de golpearlo tan fuerte como para que el campeón volara a través de las cuerdas y cayera sobre la máquina de escribir de un reportero.¹⁷ Mientras que la estancia ficcional de Moreno en Estados Unidos tipifica las tribulaciones financieras del boxeador, luego de la pelea con Dempsey, Firpo tomó todas sus ganancias y volvió a la Argentina. Nacido en una familia de clase obrera de Buenos Aires, Firpo era mucho más astuto en cuestiones financieras que la mayoría de sus contemporáneos. Antes del match con Dempsey ya había registrado su nombre en varios productos (algunos importados de Estados Unidos), incluyendo zapatos y sombreros. Habiendo ganado 156.250 dólares en la pelea, firmó un acuerdo la mañana siguiente para importar a la Argentina el Firpo Stutz Bearcat, un auto deportivo diseñado especialmente para su marca. Rojo con una cabeza de toro pintada en el costado, el coche era comercializado exclusivamente por Firpo. Al morir en 1960, la fortuna de Firpo ascendía a varios millones de pesos y era propietario de más de 80.000 hectáreas en sus cinco estancias.¹⁸

Si Firpo no tenía nada que ver con Toro Moreno, ¿en dónde estaba entonces la conexión? La imagen norteamericana del boxeador argentino es más una construcción cultural que una evaluación realista del boxeo practicado por los argentinos. Lo que los estadounidenses recordarían de Firpo en las décadas posteriores tendría menos que ver con las habilidades de Firpo como púgil que con otros dos factores. En primer lugar, luego de la década del '20, y a medida que el

Becomes Harder': Cultural Citizenship and the 'Muscle Gap'," *Journal of Historical Sociology*, 18, no. 3 (Septiembre 2005): 145-172; Robert D. Dean, "Masculinity as Ideology: John F. Kennedy and the Domestic Politics of Foreign Policy," *Diplomatic History*, 22, no. 1 (Winter 1998): 29-62; Frank Costigliola, "'Unceasing Pressure for Penetration': Gender, Pathology, and Emotion in George Kennan's Formation of the Cold War," *Journal of American History*, 83, no. 4 (Marzo 1997): 1309-1333.

16 Demetrius W. Pearson, et al., "Sport Films: Social Dimensions Over Time, 1930-1995," *Journal of Sport & Social Issues*, 27, no. 2 (Mayo 2003): 152.

17 En Buenos Aires en 1954, Dempsey confesó que aún no entendía por qué Firpo no había sido declarado ganador de esa pelea. No. 443, Embajador de Canadá, Buenos Aires, al Secretario de Estado para Asuntos Externos (Canadá), 2 Octubre 1954, 2222-M-40 (parte 3.2), vol. 8051, RG 25, Library and Archives Canada, Ottawa (LAC).

18 Roger Kahn, *A Flame of Pure Fire: Jack Dempsey and the Roaring '20s* (Nueva York: Harcourt Brace and Company), 325, 348.

poder de Estados Unidos en América Latina crecía, los norteamericanos distinguieron cada vez menos entre las distintas naciones latinoamericanas. En 1920, los norteamericanos tenían una imagen de la Argentina diferenciada de la de los países caribeños. En la época de la Guerra Fría, esa percepción de diferencia ya se había desdibujado. Esto se manifestó más tajantemente en la creciente rigidez de la política exterior norteamericana, que comenzó a ver cualquier movimiento social latinoamericano como una expresión monolítica del comunismo soviético.¹⁹ El boxeo argentino se convirtió en el equivalente cultural de esta confusión de distintas culturas políticas de Latinoamérica. La memoria histórica sobre Firpo en Estados Unidos se entrelazó con cualidades de boxeadores dominicanos, puertorriqueños y mexicanos, considerados el modelo latino en el ring, “dispuesto a atacar al oponente y descuartizarlo a golpes”.²⁰

En segundo lugar, al perder con Dempsey, Firpo jugó un papel breve pero clave, como argentino y como latinoamericano, en la construcción de la imagen de Dempsey. Luego de la pelea, y en parte a causa de ella, Dempsey se convirtió en el deportista más famoso del mundo. Según el escritor Roger Kahn, el apodo que Damon Runyon le dio a Firpo –*El Toro Salvaje de las Pampas*– fue “un triunfo de la imaginación sobre la precisión”.²¹ La visión norteamericana que sobrevivió del “toro salvaje” refleja la fascinación con el intruso extranjero, exótico, violento y étnicamente diferente. Esta especie contrasta con lo que Fernando Delgado describe como el “atleta varón masculino hegemónico” en Estados Unidos, un favorito de la prensa. Este ideal atlético está corporizado, por ejemplo, en el lanzador de béisbol Nolan Ryan, cuya excelencia atlética se complementa con una representación icónica del individualismo norteamericano y del cowboy del Oeste. Ryan es “un héroe varón idealizado –silencioso, poderoso, amenazante, exitoso– un personaje enraizado en el Estados Unidos rural.”²² En el deporte, y en el boxeo más específicamente, las imágenes de raza, etnicidad y poder se deducían de un conjunto más amplio de construcciones imperiales que sugerían el *Destino Manifiesto* y versiones posteriores de la lógica imperial como un asunto de inevitabilidad racial.²³

Para miles de aficionados en Estados Unidos y el mundo, la imagen de toro salvaje preparó el escenario para un combate colosal. Durante el ascenso de Dempsey, periodistas deportivos como Ring Lardner, Grantland Rice y Paul Gallico modelaron al campeón como un feroz y agresivo espíritu pionero, que se crió en los pueblos mineros del

19 Stephen G. Rabe, *US Intervention in British Guiana: A Cold War Story* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2005), 185-186.

20 Tim Kawakami, *Golden Boy: The Fame, Money, and Mystery of Oscar De La Hoya* (Kansas City: Andrews McMeel Publishing, 1999), 18-19; Fernando Delgado, “Golden But Not Brown: Oscar De La Hoya and the Complications of Culture, Manhood, and Boxing,” *The International Journal of the History of Sport*, 22, no. 2 (marzo 2005): 204.

21 Kahn, *Flame*, 323.

22 Delgado, “Golden But Not Brown,” 201.

23 Yeidy M. Rivero, “Caribbean Negritos: Ramón Rivero, Blackface, and ‘Black’ Voice in Puerto Rico” *Television & New Media*, 5, no. 4 (noviembre 2004): 315-337.

estado de Colorado y que desde joven tuvo que pelear entre vagabundos. Sin embargo, la creciente audiencia urbana que seguía el boxeo transformó las imágenes de frontera en otras que presentaban a Dempsey como menos brutal y más cercano al individualista norteamericano, domesticando su salvajismo para derrotar a enemigos poderosos.²⁴

Los periodistas norteamericanos distanciaron a Dempsey de su temprana imagen de tipo duro y construyeron a Firpo como el más brutal de sus potenciales rivales, precisamente como la clase de oponente que había sido Dempsey antes de su primera pelea por el título. Sólo en ese momento, con esta reversión de roles, el villano bestial dejó de ser el matón del *Wild West* para convertirse en el peleador salvaje de las llanuras argentinas. Las noticias se concentraron en el tamaño de Firpo –equivalente al de Toro Moreno– como representación de su salvajismo –su metro noventa de altura y sus cien kilos de peso, su fuerza cruda y el inusual tamaño de sus manos y hombros. Grantland Rice consideró a Firpo el contendiente más peligroso que Dempsey había tenido, un “plesiosauro argentino” que “pudo haber andado por la Tierra en los oscuros días de los confines de la historia”.²⁵ Antes de pelear con Dempsey, Firpo ya había ganado fama en los círculos deportivos estadounidenses. Había vencido a “Italian Jack” Herman en Ebbets Field, noqueado a Bill Brennan en el Madison Square Garden, y derrotado por segunda vez a Herman en La Habana (el más estadounidense de los patios de juegos de la década del ‘20). Antes de la pelea con Dempsey, en una jugada inspirada, el promotor Tex Rickard programó a Firpo contra Jess Williard, en lo que llamó la batalla de los gigantes. Rickard predijo una asistencia sin precedentes, en parte por el apoyo que se generó por el argentino entre los norteamericanos “de sangre española e italiana”.²⁶ Mientras la asistencia oficial fue de 75.712, varios miles más llegaron a las puertas del estadio. La noticia de la victoria de Firpo por nocaut en el octavo round encabezó el *New York Times*, que describió los implacables golpes salvajes de Firpo.

El escenario estaba listo para el match entre Firpo y Dempsey en el Polo Grounds. La recaudación sin precedentes de un millón de dólares puso de manifiesto hasta qué punto el box se había convertido rápidamente en un buen negocio en los años ‘20. El periodismo retrató con entusiasmo a Firpo como argentino y sudamericano. Pequeños detalles se ensamblaron hasta dar con una imagen nacional. Su auto, de acuerdo con el *New York Times*, estaba decorado con el

24 Bruce J. Evensen, *When Dempsey Fought Tunney: Heroes, Hokum, and Storytelling in the Jazz Age* (Knoxville: University of Tennessee Press, 1996), xi.

25 Citado en Kahn, *Flame*, 334.

26 Kahn, *Flame*, 326.

27 “Storm signals out for fearless Firpo,” *New York Times*, 12 septiembre 1923, 16.

28 Horacio Estol, *Vida y Combates de Luis Ángel Firpo* (Buenos Aires: Editorial Bell, 1946), 234-9; “Storm signals out for fearless Firpo” *New York Times*, 12 septiembre 1923, 16; “Firpo Awaits Test With Confidence” *New York Times*, 9 septiembre 1923, S3; “Adviser Defends Firpo,” *New York Times*, 23 agosto 1923, 11.

29 “Firpo’s techniques puzzles partners” *New York Times*, 5 septiembre 1923, 12.

30 “Sports through Edgren’s Eyes,” *Washington Post*, 27 julio 1924, 2.

31 Citado en Evensen, *When Dempsey*, 46.

32 Citado en Randy Roberts, *Jack Dempsey: The Manassa Mauler* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1979), 171.

33 Sid Sutherland, “Dempsey victory shows advantage of US ring style” *Washington Post*, 15 septiembre 1923, 18.

escudo argentino y una cabeza de toro.²⁷ Cuando Firpo, que había contratado a Jack Johnson como su *sparring*, siguió el consejo de su viejo entrenador argentino Félix Bunge y despidió a su entrenador estadounidense Jimmy De Forest, la prensa se revolucionó. El cambio supuestamente significaba el rechazo de los métodos norteamericanos a favor de los argentinos. Pese a que Bunge lo negaba e insistía en que Firpo en realidad dependía de las técnicas de boxeo norteamericanas, el *New York Times* igualmente reportó que la pelea enfrentaría los estilos y métodos de entrenamiento argentinos y estadounidenses. El diario llegó a sugerir que si Firpo ganaba, los norteamericanos tendrían que repensar la Doctrina Monroe y su significado.²⁸

El exotismo y masculinidad sudamericanos de Firpo se construyeron alrededor de los supuestos misterios de su posible éxito. El argentino se veía torpe y hasta gracioso a primera vista, según el *New York Times*.²⁹ Pero si se lo miraba con atención, esa misma torpeza parecía una forma de inteligencia incomprensible para sus oponentes, el reflejo de un estilo de entrenamiento nunca visto “de este lado del Canal de Panamá”.³⁰

Además de abrir un pequeño diálogo sobre el imperialismo norteamericano en las Américas, la pelea forjó el lugar de Firpo como un boxeador argentino en la imaginación popular de Estados Unidos. El *New York World* dio crédito a los implacables esfuerzos publicitarios de Tex Rickard por crear la difundida imagen popular del “Toro Salvaje de las Pampas”, mientras que el *Brooklyn Eagle* reflexionaba, como ya lo había hecho el *New York Times*, sobre “qué habría ocurrido con la Doctrina Monroe si hubiese ganado Firpo”.³¹ Boyden Sparkes, del *New York Tribune*, sugería que sólo un duelo entre George Washington y Simón Bolívar habría generado tanta atención. El interés por la pelea, decía, bien podría haber reducido el resentimiento de los latinoamericanos “por la Doctrina Monroe, los marines en Nicaragua y –como ellos lo interpretan– el imperialismo yanqui”. Como resultado de la pelea, seguía, los latinoamericanos comenzarían a comprar “autos, medicamentos, maquinaria y ropa estadounidense”.³² El *Washington Post* volvía sobre la identidad de Firpo y argumentaba que si el argentino hubiera podido “pensar” como un norteamericano, la pelea habría sido suya.³³

Sin dudas, lo que escribía Sparkes era una exageración del impacto potencial de Firpo en las relaciones entre Estados Unidos y América

Latina. No obstante, la pelea Dempsey-Firpo abrió un nuevo canal de contactos entre la Argentina y Estados Unidos, anunció las próximas décadas de contacto bilateral en el mundo de boxeo y contribuyó a forjar una figura clave en la cultura popular norteamericana: el latinoamericano salvaje. En principio, y como lo sugiere más de treinta años después *The Harder They Fall*, los norteamericanos comprendieron a los boxeadores argentinos como una invención cultural.³⁴ Esa invención cultural siguió construyéndose, luego de Firpo, sobre la base de una pequeña migración de púgiles argentinos a Estados Unidos. Desde los años '20 hasta la actualidad, Estados Unidos ha sido el destino principal de los boxeadores argentinos que partieron de su país. Como lo retrata *The Harder They Fall*, los florecientes mercados boxísticos de Chicago, Nueva York y Los Ángeles requerían de una proporción de “perdedores” –boxeadores con grandes esperanzas pero pobres posibilidades. Se esperaba que muchos de esos migrantes sean derrotados. Se les pagaba para que fueran escalones en la carrera al título de otro boxeador.³⁵

Las oportunidades generadas por un mercado ávido de boxeadores, ganadores y perdedores, explican solo una parte de la atracción de Estados Unidos por los boxeadores argentinos. Como en otros procesos migratorios, el vínculo entre la Argentina y Estados Unidos en el boxeo se fue construyendo en el largo plazo, a través del tendido de redes sociales. Boxeadores emigrados se convertían más tarde en contactos para nuevos boxeadores. Las relaciones entre managers argentinos y promotores norteamericanos se hicieron más frecuentes, y la Argentina se convirtió en un país de reclutamiento regular para peleas ocasionales en Estados Unidos. Desde 1950, varios argentinos iniciaron sus trayectorias profesionales en Estados Unidos sin haber peleado antes en su tierra. Un pequeño número se radicó allí al terminar sus carreras, constituyendo una pequeña comunidad de boxeadores y ex-boxeadores en Nueva York y alrededores. Las vidas de esos boxeadores, sin embargo, poco tuvieron que ver con los éxitos cosechados por Firpo.

Identidades pugilísticas y boxeadores argentinos en Estados Unidos

En los últimos cien años, en Europa y América, la diferencia entre el boxeo amateur y profesional ha sido enorme, más que en cualquier otro deporte. La distinción amateur/profesional está ligada a la rela-

34 La construcción de la Argentina y los argentinos en Estados Unidos ha sido mucho menos potente y dominante que la de otros países latinoamericanos bajo una dominación de Estados Unidos más fuerte y duradera. Además, las imágenes sobre Argentina y los argentinos han tenido más variaciones y matices que las de los mexicanos o los cubanos, por ejemplo. Véase Paul Auster, *The Book of Illusions* (Nueva York: Henry Holt and Company, 2002); Louis A. Pérez, Jr., *On Becoming Cuban: Identity, Nationality and Culture* (Nueva York: The Ecco Press, 1999); Helen Delpar, *The Enormous Vogue of Things Mexican* (Tuscaloosa: University of Alabama Press, 1992); Marta E. Savigliano, *Tango and the Political Economy of Passion* (Boulder: Westview Press, 1995).

35 Carlos Rotella, *Cut Time: an education at the fights*, (Nueva York: Houghton Mifflin, 2003); Loïc Wacquant, “Pugs at Work: Bodily Capital and Bodily Labor Among Professional Boxers” *Body and Society*, 1, no. 1 (marzo 1995): 65-94; Loïc Wacquant, “A Fleshpeddler at Work: Power, Pain and Profit in the Prizefighting Economy,” *Theory and Society*, 27, no. 1 (febrero 1998): 1-42.

36 Véase Michael T. Isenberg, *John L. Sullivan and his America* (Urbana: University of Illinois Press, 1988); Guy Reel, "Richard Fox, John L. Sullivan, and the Rise of Modern American Prize Fighting," *Journalism History*, 27, no. 2 (Summer 2001): 73-85; Jeffery A. Clymer, "The Market in Male Bodies: Henry James's *The American* and Late-Nineteenth-Century Boxing," *The Henry James Review*, 25 (2004): 142; Marco Maldonado y Rubén Zamora, *Pasión por los guantes: Historia del Box Mexicano I* (México DF: Clío, 2000), 12-13.

37 Los ideales nacionales argentinos se han expresado más consistentemente a través del fútbol que del boxeo. Véase, por ejemplo, Juan Pablo Ferreiro, "Ni la muerte nos va a separar, desde el cielo te voy a alentar": apuntes sobre identidad y fútbol en Jujuy," en Pablo Alabarces, ed., *Futbologías: fútbol, identidad y violencia en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO, 2003); Pablo Alabarces, *Fútbol y patria: el fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina* (Buenos Aires: Prometeo, 2002), 57-69; Pablo Alabarces, Alan Tomlinson, Christopher Young, "Argentina versus England at the France '98 World Cup: narratives of nation and the mythologizing of the popular," *Media, Culture & Society*, 23 (2001): 549-554; Tony Mason, "Fútbol and politics in Latin America," *Race & Class*, 36, no. 4 (1995): 72-85.

38 Oscar Seleme, entrevista de los autores, Buenos Aires, 11 julio 2003.

ción entre boxeo y clase. A fines del siglo XIX y comienzos del XX, en Argentina, Estados Unidos, y otros países, el boxeo amateur y las reglas del Marqués de Queensbury fueron promovidos por las elites en respuesta al boxeo a puño limpio, las peleas callejeras y los duelos.³⁶ En la década de 1910, por ejemplo, el argentino Jorge Newbery se convirtió en la definición de los ideales elitistas de nación, no sólo por lo que representaba, sino por lo que su imagen y acciones contrarrestaban.³⁷

Como aviador y como boxeador amateur caballeresco, Newbery caracterizó a una Argentina moderna, varonil y europea. Pero estas imágenes también desafiaban una identidad nacional que las elites temían, aquella de la pobreza, las comunidades inmigrantes y lo rural como incivilizado. Todos estos elementos formaban parte de la identidad construida por la elite de quienes practicaban y seguían el boxeo de puños limpios. En Argentina, a pesar de los esfuerzos de las autoridades de boxeo por regular y "civilizar" el deporte mediante la Federación Argentina de Box (FAB), el boxeo profesional continuó representando el legado del combate callejero. Durante el siglo XX, los boxeadores profesionales representaron una identidad nacional contaminada por lo incivilizado. En 2003, el octogenario jurado Oscar Seleme expresaba su disgusto por el carácter y la imagen del boxeo en el presente, y recordaba la última era de "grandes" boxeadores como los años '50. En este caso, la grandeza no se mide sólo por la destreza y los resultados sino también por la personalidad y buena conducta. La nostalgia de Seleme por un pasado más civilizado en el boxeo y la sociedad es equivalente a la añoranza de muchos argentinos por un supuesto pasado grandioso perdido.³⁸

El fin de la era de grandeza en el boxeo argentino, vista por Seleme, coincide temporalmente con una marcada debacle del box amateur. Esta debacle puede verse no solo en la falta de atención de la prensa y los seguidores, quienes se volcaron masivamente al boxeo profesional, sino también en el fin de los éxitos en las competencias olímpicas. El boxeo le ha dado a la Argentina más medallas olímpicas que ningún otro deporte –veinticuatro de las cincuenta y nueve medallas que Argentina ha conquistado en todas las disciplinas–, pero veinte de ellas fueron obtenidas en el cuarto de siglo que va desde París 1924 a Helsinki 1952. Después de los años '50, el boxeo aficionado se volvió principalmente un escalón inevitable hacia el profesionalismo. La centralidad de los equipos olímpicos nacionales, quienes representaban los colores del país en las competencias internacionales,

fue reemplazada por la de los boxeadores profesionales, cuyo apego a una identidad nacional es más complejo. A diferencia de los equipos amateur, los boxeadores profesionales –como Firpo antes y otros después– no son “embajadores” oficiales, aunque de algún modo representan a su patria. Sus identidades están más abiertas a complicadas construcciones culturales.

En diciembre de 1967, un artículo en la revista *The Ring* se preguntaba por qué los británicos, creadores del boxeo, hacía ya años que no proveían un campeón mundial pesado, y especulaba si “quizás el clima de Inglaterra, que le da a sus mujeres su bello cutis, no tiende a producir piel facial masculina que pueda soportar los efectos cortantes de un golpe de un guante de ocho onzas”. El artículo no solo revivía una antigua conexión entre clima, civilización e identidad nacional, sino que además presentaba a una gloria argentina como esperanza inglesa.³⁹ Recién instalado en Londres luego de su paso por Italia, Eduardo Corletti era el candidato a recuperar el honor del título mundial pesado para Inglaterra, gracias a sus “poderes nativos de la Argentina, la influencia pulidora de la romántica Italia, y la fuerte resolución de la promoción británica.”⁴⁰ Cuando perdió, la identidad nacional de Corletti volvió a confundirse. Para *The Ring* se convirtió en un italiano con base en Londres.⁴¹

Las sucesivas migraciones de Corletti crearon una confusión que no ocurrió con sus contemporáneos argentinos en Estados Unidos. Para el pesado argentino Alexis Miteff, la posición subordinada del boxeador inmigrante en la estructura del negocio pugilístico opacó otras identidades. “¿Sabe cuánto gané en mi pelea con Mohamed Ali?”, preguntó en 2005. “Tres dólares,” se respondía.⁴² Miteff partió a Estados Unidos a comenzar su carrera profesional en 1956. Después de una impresionante carrera amateur, en la que se coronó campeón panamericano pesado, tuvo varias ofertas para pelear profesionalmente. Pero su manager no lo dejaba ir, temeroso de que se convirtiera en un esclavo de sus administradores norteamericanos. La metáfora de la esclavitud, que utiliza Miteff, es, según Loic Wacquant, una de las figuras con las que los boxeadores describen su lugar en el mercado boxístico. Esclavitud, prostitución y tráfico de animales, todas son formas en que los púgiles conciben la relación con managers y *match-makers*: como objetos, los boxeadores son vendidos y comprados, sus peleas son concertadas sin su intervención, y decisiones estratégicas que afectan sus vidas son hechas por otras personas.⁴³

39 Véase William Cronon, *Nature's Metropolis: Chicago and the Great West* (Nueva York: W.W. Norton, 1991).

40 “Transplanted Corletti England's New Hope For Heavy Honors,” *The Ring*, diciembre 1967, 18-19, 41.

41 Andy Brown, “Lewis Bursts Corletti Bubble,” *The Ring*, octubre 1968, 32.

42 Miteff perdió con Mohamed Ali el 7 de Octubre de 1961. Rafael Tenorio, “The Economics of Professional Boxing Contracts,” *Journal of Sports Economics*, 1, no. 4 (noviembre 2000): 377-378.

43 Loic Wacquant, “Whores, Slaves, and Stallions: Languages of Exploitation and Accommodation Among Prizefighters,” en Loic Wacquant y Nancy Scheper-Hughes, comps., *Commodifying Bodies* (Londres: Sage Publications, 2003), 181-194; Loïc Wacquant, “A Fleshpeddler at Work: Power, Pain and Profit in the Prizefighting Economy” *Theory and Society*, 27, no. 1 (febrero 1998): 1-42.

44 Alexis Miteff, entrevista de los autores, Nueva York, 7 agosto de 2005.

45 Sid Ziff, "Old Fighters Never Die, They All Fight Quarry," *Los Angeles Times*, 24 abril 1967, C1.

46 "Boxing Judge Arrested on Bribery," *Chicago Tribune*, 3 Julio 1958, B1; "Wallman Links I.B.C. and Convict," *New York Times*, 7 diciembre 1960, 61.

Según Miteff, "el boxeo es todo negocio. Acá [en Estados Unidos] más que en ningún lado. Aquí es más contra el boxeador. Te sacan 10% para gasto, 10% para entrenador, 33% para manager, lo que usted no gasta se lo lleva el gobierno a fin de año, entonces, ¿para qué boxea?"⁴⁴ Casi cuarenta años antes, el boxeador apuntaba otra vez a los managers en una entrevista de *Los Angeles Times*: "Yo no les importaba. Era la plata lo que les interesaba. Vine de Argentina cuando tenía diecinueve años y pensé que estaba con gente en la que podía confiar. Pensé que me cuidarían. Para mi sorpresa, en mi sexta pelea me pusieron a pelear con Archie McBride en televisión nacional. Me empujaron muy rápido. [...] Me asqueé del boxeo en Estados Unidos. Esos managers casi me matan".⁴⁵

Como Firpo, los boxeadores argentinos que ganaron cierta fama en Estados Unidos militaban en las categorías más pesadas. Miteff, Oscar "Ringo" Bonavena y Alejandro Lavorante rápidamente se quedarían sin rivales competitivos en su país. En Estados Unidos, en cambio, la categoría máxima era la más popular y la que mayores réditos económicos dejaba, por lo que precisaba ensanchar su mercado incorporando boxeadores extranjeros. Había también un nivel de explotación y abuso mayores hacia los boxeadores extranjeros, percibido posteriormente por Miteff y otros. Luego de aconsejarle que no fuera a Estados Unidos a convertirse en esclavo, su manager argentino finalmente negoció un contrato para su pupilo. Según le había dicho, le darían el 10% de lo que Miteff ganara en Estados Unidos. Sin embargo, al tiempo Miteff supo que no lo había "alquilado", sino que había vendido su contrato por 10.000 dólares, perdiendo todo vínculo con su manager argentino. En Estados Unidos, Miteff quedó a cargo de Hymie Wallman, un manager con lazos con el mafioso Frankie Carbo. Antes de regentar a Miteff, Wallman había sido manager de César Brion, otro peso pesado argentino. Cuando en 1958 el gobierno comenzó a perseguir a Carbo por prácticas ilegales y monopólicas en el boxeo, se conoció que Wallman había sobornado a un árbitro en varios combates de sus representados, incluyendo dos de Miteff.⁴⁶

Miteff asegura que ignoraba lo que estaba pasando. Como el personaje ficticio de *Toro Moreno*, no entender inglés le impedía tener palabra en las decisiones que afectaban su carrera y su vida. Luego de doce victorias, siete de ellas por la vía rápida, Miteff sufrió su primera derrota ante Mike DeJohn, por nocaut en el primer round. Conociendo que tenía problemas con los boxeadores más altos, Miteff se

preguntaba por qué habían elegido un boxeador con cinco centímetros de ventaja. Pero nada pudo hacer, porque no hablaba inglés.

Según el boxeador Sergio Víctor Palma, la mayoría de los boxeadores profesionales son preparados y promocionados como “perdedores”, en gran medida sin su conocimiento. La percepción de Miteff sobre el papel que jugó en su pelea más importante, con Mohamed Ali, se reconoce, al menos parcialmente, en las palabras de Palma: “Ali venía subiendo y me usaron. Mirá cómo me usaron. Teddy Brenner [match-maker del Madison Square Garden] le dijo a Gil Clancy, compralo (a mí), que yo te lo pongo con Cassius Clay. A mí no me mandaron a perder ni a ganar. A pelear. Si ganaba fenómeno. Perdí, ningún problema, él agarro su plata [...] Perfecto para él [Ali]. Porque yo tenía más o menos nombre, pero él me iba a ganar, ¿se da cuenta?”.⁴⁷ En retrospectiva, Miteff comprendió y explicó lo que no se veía con tal claridad en el momento: su propia mercantilización como boxeador argentino en el mercado estadounidense.

47 Alexis Miteff, entrevista de los autores, Nueva York, 15 agosto de 2005.

A diferencia de Miteff, boxeadores como Firpo y Bonavena ganaron fama por proyectar una imagen de conquista de Estados Unidos. Firpo se negó a tener un manager, contrariando las reglas implícitas del mercado norteamericano. Además, en Estados Unidos filmó todas sus peleas para después ganar dinero exhibiéndolas en la Argentina. Bonavena, por su parte, cultivó una imagen de insolencia y rebeldía, mostrando que podía dominar lo que pasaba a su alrededor mientras boxeaba en Estados Unidos. A diferencia de Miteff, Bonavena siempre se jactó de ser el comandante de su destino. Su primer manager allí, Jack Singer, se deshizo de él por su carácter díscolo. Singer era el dueño de un restaurante en la calle 42 de Manhattan, en el que los boxeadores argentinos que representaba trabajaban después de los entrenamientos. Según Celedonio Lima, quien llegó a New York y al restaurante cuando Bonavena se iba, “Singer gracias a dios siempre habló bien de mí. Yo le caí en un momento malo, que Bonavena no le hacía caso, le tiraba la mesa... no le quería trabajar.”⁴⁸ Aun en las pequeñas cosas, como negarse a cortarse el pelo para pelear, Bonavena se mostraba como la antinomia del boxeador dócil y sumiso.⁴⁹ Para ello, utilizaba una imagen de *compadrito* argentino, así como el ejemplo más cercano del hostil Cassius Clay/Mohamed Ali.

48 Celedonio Lima, entrevista de los autores, Union City, Nueva Jersey, 8 septiembre 2005.

49 “Bonavena Fights for Long Hair,” *Washington Post*, 20 septiembre 1966, D2; “Suspension Can’t Stop Bonavena” *Washington Post*, 15 noviembre 1970, 51.

Por lo general, los boxeadores que fueron imponentes figuras públicas comenzaron sus trayectorias en circunstancias menos auspiciosas. Considerando el contexto de los jóvenes boxeadores argentinos que

50 Sergio Raso, entrevista de los autores, Buenos Aires, 21 julio 2005.

51 Juan Martín Coggi, entrevista de los autores, Buenos Aires, 24 julio 2005.

partían a Estados Unidos quedando en manos de inescrupulosos promotores, la débil posición de estos principiantes exacerbaba la relación de dominación y dependencia con sus managers y entrenadores. Según el amateur argentino Sergio Raso, hay una conexión universal entre el éxito en el box profesional y la disposición del púgil (y más recientemente, la púgil) a entregarse completamente a la dirección del entrenador, en todos los aspectos de la vida. Para tener éxito, un/a boxeador/a profesional debe complementar su agresividad en el ring con la sumisión. Debe aceptar incondicionalmente y sin vacilaciones los caprichos de su entrenador.⁵⁰ A los once años, el campeón mundial Juan Martín “Látigo” Coggi ya noqueaba adultos en peleas callejeras informales en los barrios pobres del conurbano bonaerense. Pese a que surgió como un brillante boxeador zurdo en los años ‘80, Coggi peleó sus primeros encuentros profesionales en posición de boxeador diestro. Cuando, luego de varias peleas, su entrenador notó que en verdad Coggi era zurdo, le preguntó, confundido, por qué se posicionaba incorrectamente. “Eso fue lo que me dijiste que hiciera”, respondió Coggi.⁵¹ En Argentina, hay una importante correlación entre esta sumisión y la clase social. En su ascenso al campeonato mundial, Coggi, Palma, Carlos Monzón y Víctor Galíndez tuvieron en común su ferocidad en el ring, su visible disposición a someterse a la autoridad de sus entrenadores, y sus orígenes de clase obrera en extrema pobreza. En la identidad de los boxeadores argentinos, sometimiento y éxito han estado frecuentemente correlacionados con pobreza, la identidad racial del boxeador como “negro” y la identidad de clase media “blanca” del entrenador.

En algunos aspectos fundamentales, el carácter indócil y rebelde de Bonavena representaba una imagen nacional distintiva, tanto en Argentina como en Estados Unidos. Como la mayoría de los boxeadores argentinos, provenía de una familia de clase trabajadora identificada con el peronismo. Pero Bonavena representaba una identidad de clase obrera muy distinta de aquella de Galíndez o Monzón. Bonavena era blanco. Venía de una familia de inmigrantes italianos con fuertes lazos en su barrio de Buenos Aires y entrenaba en el club de la zona, Huracán. La identidad de Bonavena contrastaba con la de otros boxeadores, cuyos orígenes obreros remitían más a la pobreza extrema. Monzón y Galíndez representaban una migración posterior hacia Buenos Aires, no de Europa sino del interior del país, una migración de “negros”, como es conocida por los argentinos de clase media blanca.

Otros campeones representaron una identidad argentina de fortaleza y victoria luego de que alcanzaron protagonismo. Pero a diferencia de Bonavena, sus triunfos no tuvieron que ver con cultivar una identidad rebelde tras su partida. Justo Suárez en los '30 y José María Gatica en los '50 eran populares y talentosos, y hasta agresivos en sus expresiones públicas de confianza. Gatica solía caminar por la calle Florida antes de sus peleas. Vestido con un llamativo traje blanco le entregaba su tarjeta a quienes se cruzaban, mientras predecía el round en el que noquearía a su contrincante. Gatica y Suárez, campeones argentinos en sus categorías, viajaron a probar suerte en Estados Unidos. Su estadía fue corta y sin éxito. Sus esperanzas se fracturaron cuando, luego de comienzos promisorios, cayeron derrotados estrepitosamente, ambos en el Madison Square Garden, y fueron rápidamente olvidados allí. La identidad argentina de Bonavena fue moldeada y realzada por su estadía en Estados Unidos. En contraste, los fracasos de Miteff en ese país contribuyeron a su radicación permanente allí. En la imaginación popular argentina, para Gatica y Suárez –quienes, a diferencia de Miteff, ya eran populares antes de llegar a Nueva York–, las derrotas en Estados Unidos marcaron los límites de lo posible para un boxeador argentino en el monstruo boxístico norteamericano.

Como otros boxeadores, argentinos y de otros países, para los que las cosas se pusieron difíciles luego de su retiro, Miteff trabajó de lo que pudo conseguir. En octubre de 1961, perdió la pelea más importante de su carrera, frente a Muhammed Alí en Louisville, Kentucky, por nocaut técnico en la sexta vuelta. Un mes después, en Long Island, un corte sobre el ojo izquierdo obligó a Miteff a abandonar la pelea con Ray Batey. Anunció entonces su retiro y dejó vacante el título sudamericano. Unos meses después, en una irónica muestra de la proximidad entre el boxeo y sus representaciones culturales, Miteff fue el doble de Anthony Quinn en el film *Requiem for a Heavyweight*. Fue un papel notable para el argentino recién retirado y con pocas perspectivas. “Lo derrotaron... lo quebraron... lo traicionaron”, decía el avance de la película, “pero no pudieron aplastar la dignidad de un verdadero luchador”. Miteff, a diferencia del boxeador de ficción, ya había comenzado a perderse en el anonimato, un año después de pelear con Alí. Su invisibilidad en el film, como doble de un actor, reconfirmó su nuevo papel en la vida real. Pero es aún más fuerte el paralelo entre el argumento de la película y la carrera ya desintegrada de Miteff. El personaje de Anthony Quinn, “Mountain” Rivera, llega al final de su carrera después de haber sido noqueado por Cassius

Clay en el séptimo round. Entre varias lesiones, su ojo izquierdo casi ha perdido la visión. Maltratado por sus administradores, Rivera opta por dejar de lado su dignidad y aceptar un contrato de lucha libre, combatiendo como “*Gran Jefe Mountain*” Rivera. Este giro en la trama ofrece otro ejemplo de la intercambiabilidad de razas y etnias locales y extranjeras en la construcción hollywoodense del varón blanco.

El declive de Miteff fue más lento que el de Mountain Rivera. Regresó a los cuadriláteros por poco tiempo en 1966 y 1967 pero no volvió a ganar una pelea importante. En su última pelea, fue derrotado por una de las más grandes de las “grandes esperanzas blancas”, el ascendente Jerry Quarry. Miteff fue probablemente elegido como “perdedor”, con algún grado de credibilidad aún por haber peleado con Alí. Quarry reforzó el particular final de la carrera de Miteff al convertirse en uno de los más famosos “perdedores” de esta época, perdiendo dos veces con Alí, otras tantas con Joe Frazier, y una con Ken Norton. Esto y el trabajo como doble de Anthony Quinn subrayaban la dualidad del boxeador como campeón sudamericano de masculinidad y poder y, a diferencia de Bonavena, un débil y sometido argentino. Al retirarse de los rings, Miteff comenzó a trabajar para el productor televisivo David Susskind, quien lo acogió como su protegido. Fue su chofer, entre otras ocupaciones. Como Joe Louis, pero en circunstancias aún menos auspiciosas, Miteff usó su pasado célebre saludando a los pasajeros en la entrada de un hotel. En 1973, el *New York's Summit Hotel* publicitaba en Argentina que, entre los beneficios para sus pasajeros, estos contarían con la compañía de Miteff, con quien podrían hacer excursiones de compras en Manhattan y conseguir descuentos especiales.

A medida que se distanciaba del boxeo, Miteff asumió crecientemente la identidad del boxeador argentino exiliado, quebrado por el mundo del boxeo norteamericano. Según Celedonio Lima, a los argentinos que llegaban a boxear en Estados Unidos, les advertía de las desventajas: “Miteff cuando venía un argentino aquí nunca le hablaba bien. A mí me decía, que hacés, negrito, a qué viniste, estás loco, ite van a matar! Le digo, no, Miteff, aguante. Yo tengo un manager, yo vine con residencia y con todo pago. Yo no vine a mendigar aquí”.⁵²

El caso de Alejandro Lavorante es análogo a los de otros argentinos que entraron al boxeo norteamericano para finalmente ser golpeados por el mercado. Alejandro Lavorante murió en Rosario en Abril

52 Celedonio Lima, entrevista de los autores, Union City, Nueva Jersey, 14 septiembre 2005.

de 1964 a los veintiocho años, luego de dieciocho meses de coma y una carrera de tres años en el boxeo de Estados Unidos. Es difícil saber si se podría haber evitado su trágica muerte. Lo que es claro en este caso es el papel e identidad del boxeador en Estados Unidos como mercancía pugilística, la propiedad de un manager.⁵³

Alejandro Lavorante fue descubierto por Jack Dempsey, quien lo recomendó al manager Paul “Pinkie” George para introducirlo al mercado norteamericano.⁵⁴ George exprimiría de Lavorante cada centavo que este pudiera producir. Rápidamente construyó la reputación de Lavorante en la prensa y lo colocó como un contendiente genuino. Enfrentado con cuatro rivales débiles en menos de un mes, entre septiembre y octubre de 1959, Lavorante obtuvo cuatro victorias convincentes, tres por nocáut. En la quinta pelea, Pinkie George lo pareó nada menos que con Roy Harris, quien había ganado 28 de sus 29 peleas hasta el momento. Su única derrota había sido frente a Floyd Patterson por el título mundial. Harris sacó ventaja de la juventud e inexperiencia de Lavorante para asegurarse una victoria por puntos. Era demasiado contendiente para un boxeador joven e inexperto. Pinkie George presentó la derrota como una victoria por haber finalizado diez vueltas completas contra Harris. Lavorante se cuidó de remarcar que esa pelea fue idea del boxeador y no del manager. Cuando le preguntaron por qué fue pareado con semejante boxeador, Lavorante respondió que fue un error, que no estaba listo para boxeadores tan buenos todavía, y que sería más cuidadoso en el futuro.⁵⁵

Sin embargo, la cautela en la carrera de Lavorante no llegó. Es improbable que Lavorante haya escogido a Harris, tan improbable como que él tuviera alguna voz en las elecciones posteriores. Pinkie George, boxeador en los años ‘20 y manager de boxeo y lucha libre desde los ‘30, ya había hecho carrera colocando boxeadores a perder frente Joe Louis, campeón mundial entre 1937 y 1950, en su mejor momento. En este caso, y casi seguro sin el conocimiento de Lavorante, George utilizó la pelea con Harris y la notoriedad que le trajo a su boxeador para beneficiarse en el corto plazo. En lugar de enfrentarlo con boxeadores más débiles y llevar su carrera de a poco, George minó las austeras posibilidades de Lavorante haciéndolo pelear rápidamente con boxeadores mejores y más experimentados. De cualquier modo, el argentino fue ganándose la atención de la prensa, que destacaba su altura, juventud y belleza. En mayo de 1960, luego de que noqueara a Jake Williams en el sexto round, *Los Angeles Times* lo bautizó como el “nuevo toro de las pampas.”⁵⁶

53 Jeffrey Sammons, *Beyond the Ring: The Role of Boxing in American Society* (Urbana: University of Illinois Press, 1988), 236. Véase también Horacio De Marinis, *7 000 Años a Puñetazos: Historia Crítica Del Boxeo* (Buenos Aires: Axioma, 1974), 149-158.

54 Nat Fleischer, “Alejandro Lavorante, New Heavyweight Threat,” *The Ring*, noviembre 1961, 29. En un peculiar epílogo a la rivalidad entre Firpo y Dempsey, ambos boxeadores habían compartido la administración del pesado argentino Abel Cestac luego de que este llegara a Estados Unidos en 1945. Véase “Firpo’s protégé arrives. But can he fight?,” *Washington Post*, 25 julio 1945, 10; “Cestac Meets Writers. Argentine to Make US Debut by Boxing Thomas Friday” *New York Times*, 25 julio 1945, 18.

55 John De La Vega, “Manager (Who Else?) Envisions Great Ring Future for Lavorante” *Los Angeles Times*, 1 Marzo 1961, C2; “Argentine makes debut here” *Los Angeles Times*, 19 abril 1960, C5; “Latin feast, talk fight” *Los Angeles Times*, 17 mayo 1960, C5.

56 John De La Vega, “Lavorante slugs out sixth round kayo over Williams,” *Los Angeles Times*, 18 mayo 1960, C5; Jim Murray, “Folley & Folly” *Los Angeles Times*, 9 mayo 1961, C1.

57 "Teleprompter Draws Blast From Pilot as Boxing's New Monopoly" *Los Angeles Times*, 2 mayo 1961, C3; John Hall, "Ring Scribes Vote Top Honor to Lavorante," *Los Angeles Times*, 13 febrero 1962, B3.

58 John Hall, "Moore at Crossroads – Lavorante 10-8 pick," *Los Angeles Times*, 30 marzo 1962, B1; Sid Ziff, "Same Old Main Street," *Los Angeles Times*, 23 marzo 1962, B3; John Hall, "5 000 fans watch Lavo's ring drill," *Los Angeles Times*, 26 marzo 1962, B5; "Kefauver favors tighter ring rein," *New York Times*, 28 marzo 1962, 42; John Hall, "Moore KO's Lavorante in 10th round," *Los Angeles Times*, 31 marzo 1962, A1; Dan Hafner, "Lavorante tired, but Not Seriously Hurt," *Los Angeles Times*, 31 marzo 1962, A2.

59 "Another Boxing Lesson," *Chicago Tribune*, 31 marzo 1962, B1; Jim Murray, "The Art of Archie," *Los Angeles Times*, 2 abril 1962 B1; Dan Hafner, "Lavorante Tired, but Not Seriously Hurt," *Los Angeles Times*, 31 marzo 1962, A2; John Hall, "Lavo to Take a Rest, Then Get Lessons from Arch at Salt Mines," *Los Angeles Times*, 1 abril 1962, C1; "Archie Tabs Lavo as Next Champ," *Los Angeles Times*, 13 mayo 1962, C6.

60 "Lavorante Finds Telling Flaws in Movies of Clay-Daniels Bout," *Los Angeles Times*, 13 julio 1962, C3.

En 1961, cuando George acordó la pelea de su pupilo con Zora Folley, tercero en el ranking, había escepticismo sobre las chances de Lavorante. El manager se defendía invocando una lógica económica: "Creo que tengo una valiosa mercancía. No la pondría en peligro si no creyera que tiene una buena chance". Lavorante sorprendió noqueando a Folley en el séptimo round, y se convirtió en potencial retador por el título mundial que ostentaba Floyd Patterson.⁵⁷ En 1962, sin embargo, Lavorante sufriría tres derrotas violentas y devastadoras. El 24 de marzo, seis días antes de que Lavorante se enfrentara con el legendario Archie Moore, Emile Griffith intentaba recuperar el título mundial welter que Benny "Kid" Paret le había quitado seis meses antes. En el doceavo round, Griffith arrinconó a Paret y lo golpeó en la cabeza veintitrés veces en nueve segundos. Kid Paret quedó atrapado en las cuerdas; cayó sobre la lona, entró en coma y falleció diez días después. La pelea pasó a la historia como la primera muerte en el ring transmitida por televisión. Los periódicos se preguntaban cómo la fatalidad afectaría a la pelea entre Lavorante y Moore. En el encuentro, Moore dominó la pelea y el árbitro la detuvo en el décimo round. Mientras el argentino, exhausto, apenas podía resguardarse de los golpes, un vital Moore esperó el noveno round de pie. Lavorante, sangrando por boca y nariz, fue sacado del ring en camilla. Aunque el médico de la Comisión de Boxeo de California aclaró que el argentino había quedado temporalmente exhausto pero no había sido dañado seriamente, la prensa vinculó la atrocidad de la pelea con lo ocurrido en el combate Paret-Griffith.⁵⁸

En un extraño vuelco, Pinkie George anunció que, luego de recuperarse, Lavorante empezaría a entrenarse junto a Archie Moore en San Diego. Citando a Ernest Hemingway, Moore escribió en el *Irish Free Press* que sentía por Lavorante el cariño que sienten los cazadores por los animales hermosos que capturan. Pese a la paliza que resultó la pelea, Moore consideró que Lavorante podría ser campeón mundial pesado y elogió sus habilidades naturales.⁵⁹ Pinkie George, mientras tanto, comenzó a buscar un nuevo rival para su boxeador. Teniendo en cuenta el modo en que Lavorante cayó derrotado, la mayoría de los managers hubieran buscado concertar algunas peleas con rivales seguros, que ayudaran a retornar la confianza del boxeador dañado. George escogió a un joven de veinte años por entonces llamado Cassius Clay. Si su pupilo perdiera esta pelea, dijo, retornaría a las ligas menores.⁶⁰

Buena parte de la prensa, fastidiada por el estilo prepotente y hablador de Clay, deseaba una victoria de Lavorante. John Hall de *Los Angeles Times* vaticinaba una victoria del argentino por nocaut entre el quinto y el séptimo round.⁶¹ Mientras tanto Cassius Clay, con su estilo irreverente, decía que Lavorante iba a sentir que fue atrapado por un tornado. Clay predijo correctamente que noquearía a Lavorante en el quinto, y más tarde aseguró que tuvo la posibilidad de derribar a su oponente en la segunda vuelta, pero decidió esperar para que se cumpliera su profecía.⁶²

En el rincón de Lavorante, las cosas se veían muy oscuras. A la frustración de la derrota se sumaba una abrasión cerca del ojo izquierdo y los labios hinchados. Lavorante declaró que no tenía excusas: fue muy rápido para él.⁶³ *Los Angeles Times* recordó la advertencia de George y no dudó de que las ligas menores eran ahora el lugar apropiado para Lavorante. Por su parte, Pinkie George reconoció que ese podría ser el final de su representado. Su inversión se le había esfumado de las manos en apenas dos peleas. Posiblemente viendo la oportunidad de obtener más dinero, George cambió de idea rápidamente. Sólo dos meses después, Lavorante peleó con Johnny Riggins, un boxeador regular que venía de una racha perdedora. El argentino controló la pelea hasta el quinto round, pero sobre el final recibió una serie de golpes de los que no se recuperó. Riggins lo noqueó en el siguiente round y Lavorante fue llevado en camilla, inconsciente.⁶⁴

Lavorante entró en coma y fue sometido a una operación cerebral de cuatro horas al día siguiente. George dijo que la carrera de su representado estaba definitivamente terminada y negó las especulaciones sobre el estado de Lavorante previo a la pelea. Poco después se reveló que no se le había practicado un electro-encefalograma, sino solamente un examen neurológico. Lavorante siguió en coma por meses. La madre y el hermano menor de Lavorante volaron a Los Angeles. En febrero de 1963, siete meses después de la pelea, el padre de Lavorante viajó a Los Angeles para llevar a su hijo de regreso a la Argentina. Esperaba que de ese modo ocurriera un milagro y su hijo volviera a la vida. Pero antes de poder llevarlo, la familia tuvo que lidiar con los médicos, quienes se oponían a que el boxeador fuera retirado de la clínica y embarcado fuera del país hasta tanto no se garantizaran los arreglos necesarios para el viaje. Además, la familia se encontró con que no restaba mucho del poco dinero que tenía su hijo. Lavorante nunca cobró por su pelea con Moore. La bolsa fue retenida por la justicia por un juicio que su manager afrontaba por

61 John Hall, "Lavorante Tabbed for KO Win Over Clay," *Los Angeles Times*, 19 julio 1962, B4.

62 Sid Ziff, "Clay Keeps on Talking," *Los Angeles Times*, 20 Julio 1962, B3; Bob Seizer, "Could Have Won Earlier, Says Clay," *Los Angeles Times*, 21 julio 1962, A5.

63 John Hall, "Unbeaten Clay stops Lavorante in 5th," *Los Angeles Times*, 21 julio 1962, A1.

64 John Hall, "Critics Hail Clay as Coming Heavyweight Champion," *Los Angeles Times*, 22 Julio 1962, G6; "Lavo Faces Spoiler Foe in Riggins," *Los Angeles Times*, 21 Septiembre 1962, B3; Sid Ziff, "Manager Waits for Lavorante to Awake," *Los Angeles Times*, 27 octubre 1962, A2.

65 John Hall, "Lavorante Wages Battle for Life" *Los Angeles Times*, 23 septiembre 1962, C1; "No Brain Test for Lavo After Clay" *Los Angeles Times*, 25 septiembre 1962, C1; "Doctor Won't Assay Lavorante's Chances to Live," *New York Times*, 26 septiembre 1962, 44; "Argentine Boxer Slightly Better" *Washington Post*, 26 septiembre 1962, B3; "Lavorante's Ring Purse Attached" *Los Angeles Times*, 31 marzo 1962, A2; John Hall, "Fund to Cover Medical Costs for Lavorante" *Los Angeles Times*, 11 octubre 1962, B4; "Taxes Hold Up Lavorante" *Washington Post*, 24 abril 1963, C2; "Lavorante's Coma Feared Permanent" *Washington Post*, 22 marzo 1963, D3.

66 Enrique Martín, *Abeja Negra* (Buenos Aires: Ediciones Cinco, 1999), 15-20.

67 "Lavorante's Death Shock to Manager," *Los Angeles Times*, 2 Abril 1964, B1; "Manager Waits for Lavorante to Awake" *Los Angeles Times*, 27 octubre 1962, A2.

68 "Lavo's Death Stirs Bitter Words Here" *Los Angeles Times*, 2 abril 1964, B1; Jim Murray, "He didn't belong" *Los Angeles Times*, 7 abril 1964, B1; Loïc Wacquant, "Whores, Slaves, and Stallions: Languages of Exploitation and Accommodation Among Prizefighters" en Loïc Wacquant y Nancy Scheper-Hughes, comps., *Commodifying Bodies* (Londres : Sage Publications, 2003), 181-194.

69 Kath Woodward, "Rumbles in the Jungle: Boxing, Racialization and the Performance of Masculinity," *Leisure Studies*, 23, no. 1 (enero 2004): 13.

prácticas ilegales en negocios de lucha libre. Cuando el padre de Lavorante pudo disponer de los ahorros de su hijo, se pagaron las cuentas médicas y se cancelaron los impuestos de 1962, la cuenta de Lavorante tenía menos de 5.000 dólares para regresar a Argentina.⁶⁵

Cuando murió Lavorante en Abril de 1964, la prensa deportiva vinculó su caso con los de Kid Paret y Davey Moore –otro boxeador fallecido por lesiones en una pelea–, provocando reclamos de mejor protección para los púgiles.⁶⁶ Pinkie George declaró que estaba shockeado por la muerte de su protegido. Dijo que era como su propio hijo, "tan lindo chico, un verdadero caballero".⁶⁷ Junto a los promotores del Olympic de los Angeles, culpó a la familia por la muerte de Lavorante: hubiera recibido mejor cuidado médico en Estados Unidos. Mientras George hacía lo que podía para desligarse de cualquier responsabilidad por la tragedia, el periodista Jim Murray comparaba a Lavorante con un niño jugando en el tráfico o un ciego caminando hacia un precipicio; en lugar de hacer algo para detenerlo, la gente pagaba para verlo. Pinkie George hizo pelear a Lavorante hasta la muerte. Se lo construyó mediáticamente como un posible retador para el título mundial, inflando sus verdaderas posibilidades. Cuando el manager comprendió esta dicotomía, pareó a Lavorante consistentemente con boxeadores taquilleros –y superiores– que pudieran darle una ganancia en el corto plazo para una inversión que en el largo plazo era demasiado riesgosa.⁶⁸

Un prisma norteamericano para los boxeadores argentinos

Los argentinos perdieron de vista a Miteff, Lavorante, Celedonio Lima y otros cuya notoriedad subió y bajó en poco tiempo; la mayoría de los boxeadores argentinos que emigraron a Estados Unidos permanecieron sin fama ni fortuna. Los aficionados argentinos se enfocaron en los campeones con posibilidades de perdurar. "Las masculinidades involucradas en la práctica del boxeo, escribe la socióloga Kath Woodward, "se refieren a la fantasía, la mitología y la invocación de leyendas".⁶⁹ En la escena pública, Miteff, Lavorante y sus administradores buscaron un estatus mitológico y super-masculino. Como la mayoría de los boxeadores argentinos en Estados Unidos, fracasaron. El público argentino se inclinó más hacia aquellos boxeadores que alcanzaron una identidad legendaria. Hacia mediados de los '70, pese a las caídas de Miteff, Lavorante y otros, las experiencias de los

boxeadores argentinos en Estados Unidos generó la sensación entre los argentinos de que “sus” boxeadores eran parte integral de las historias y las mitologías del mundo boxístico norteamericano –una creencia que a su vez dio forma a la cultura del box argentino. En un repaso de los mejores boxeadores locales, la revista porteña *Primera Plana* (dirigida a lo que los editores asumían como una audiencia sofisticada) consideraba las carreras de Nicolino Locche, Ramón La Cruz, Horacio Accavallo y Carlos Monzón, entre otros. Pero a ninguno le prestaba tanta atención como a Ringo Bonavena, a pesar de que podría decirse que era el menos talentoso de todos los mencionados. La importancia de Bonavena se debía en parte a su estatus de peso pesado. Pero era más importante su trayectoria en Estados Unidos, peleando contra norteamericanos. Esta lógica se originaba en una visión nacionalista del deporte. Según el periodista Ricardo Frascara, desde la coronación de Horacio Accavallo en Japón en 1966, Argentina se había convertido en una potencia mundial de boxeo, superada sólo por Estados Unidos.⁷⁰ Frascara construía el box argentino en función de la raza y la geografía. En los rankings de la Asociación Mundial de Box (AMB), los estadounidenses dominaban las categorías más pesadas mientras que los asiáticos mandaban entre los boxeadores pequeños. Aun así, Argentina tenía más boxeadores en los rankings (diez) que cualquier otro país aparte de Japón y Estados Unidos. Pero Argentina tenía representantes en todas las categorías, mientras que ningún japonés aparecía entre los de mayor peso.⁷¹

Para 1970, Bonavena, aunque orgullosamente argentino, había construido su figura pública según el molde de lo que los argentinos veían como un boxeador norteamericano exitoso. El modelo central era Mohamed Alí –ruidoso, seguro de sí mismo, y con un marco de referencia profesional basado en Estados Unidos. En 1971, entre las peleas con Ali y Floyd Patterson, Bonavena declaró a una revista argentina que estaba contento de regresar a Estados Unidos, y listo para pelear con Patterson. Consultado sobre las posibilidades de otros pesados argentinos, dijo que “no hay nadie”. Con respecto al campeón nacional Miguel Ángel Paez, el campeón Sudamericano Eduardo Corletti, y el retador Alberto Lovell, ninguno estaba en posición de seguir peleando, según Bonavena. Al responder sobre una posible pelea con Corletti en Montevideo, Bonavena ni la tomaba en serio. Para estar listo para Patterson, entrenaría en Estados Unidos, donde conseguiría sparrings adecuados y las condiciones necesarias para una buena preparación, así como la mejor chance para pelear por el título.⁷²

70 Ricardo Frascara, “Los campeones” *Primera Plana*, no. 296, 27 agosto 1968, 40-46.

71 Frascara, “Los campeones” 46; Luis Hernández y Alberto Oliva, “Ya comenzó el festival de Nueva Orleans” *El Gráfico*, no. 3075, 12 septiembre 1978, 18-21; “Una noche en Filadelfia” *Primera Plana*, no. 312, 17 diciembre 1968, 80-82.

72 Norberto Longo, “Ringo se prepara” *K.O. Mundial*, no. 931, 30 julio 1971, 6.

Según las descripciones de periodistas de otros países, los argentinos se veían menos espectaculares. En la Argentina, Víctor Galíndez era retratado y percibido a fines de los '70 como un bufón que no podía controlar su peso y como un peleador casi supra-humano que había conquistado el Madison Square Garden. Estos coloridos extremos estaban ausentes de la visión de la prensa estadounidense, para quien Galíndez era simplemente un boxeador de alto nivel con algunos problemas fuera del ring. *The Ring en Español* (RE) era la versión castellana de la popular revista en inglés *The Ring*. RE se vendía en Latinoamérica, incluyendo Argentina, durante los '70 y se enfocaba más que la revista original en boxeadores latinoamericanos. En RE, Galíndez figuraba repetidamente como un boxeador fuerte con dificultades para concentrar sus talentos en el ring. Tanto en sus aptitudes atléticas como en sus debilidades humanas, RE retrataba a Galíndez como menos extraordinario que los medios argentinos. Además, a pesar del nacionalismo de la afición argentina, en RE y otros medios fuera de la Argentina, el boxeo argentino no tenía tanta relevancia como el portorriqueño o panameño, y en ocasiones se lo presentaba como equivalente al de Perú y otros países del continente.⁷³

73 "Galindez se cuidó y reconquistó la corona" *The Ring en Español*, junio 1979, 14-16; Rai García, "Boxeo experimental en Puerto Rico" *The Ring en Español*, diciembre 1979, 12-13.

Fuera de la Argentina, los campeones argentinos no generaban tanta admiración como en su patria. Un boxeador brillante bajo cualquier parámetro, Carlos Monzón era caracterizado con superlativos en la prensa local. En RE y las revistas norteamericanas, era un gran boxeador entre muchos otros. En la Argentina, los aficionados endiosaban al supergallo Sergio Víctor Palma en parte por su triunfo "norteamericano" —el primer argentino en obtener un título mundial en Estados Unidos, además de quitárselo al estadounidense Leo Randolph. Pero fuera de la Argentina, su trascendencia era mucho menos significativa. RE habitualmente prestaba más atención y elogios a sus competidores Jeff Chandler y Wilfredo Gómez.⁷⁴

74 Luis Pérez López, "Monzón: ¿error o acierto?" *The Ring en Español*, Octubre 1979, 18-20; "Leo Randolph: Tan difícil como Cardona pero distinto," *Cuadrilátero*, junio 1980, 24-25; "Palma: un examen aprobado," *K.O. Mundial*, no. 1073, noviembre 1979, 12; "Resumen 1980," *The Ring en Español*, enero 1981, 13-16.

El público argentino comprendía y evaluaba a sus boxeadores a través de lentes y estándares norteamericanos. El promotor y dueño del Luna Park, Tito Lectoure, un gigante en el mundo pugilístico argentino, realizaba su reputación gracias a sus crecientes conexiones con el boxeo estadounidense. En 1969, la prensa argentina cubría su visita a la reunión anual de la AMB en Utah, donde negociaba varias peleas, incluyendo las de Nicolino Locche con Adolph Pruitt y Carlos Cañete con Hiroshi Kobayashi.⁷⁵ Diez años después, Lectoure utilizaba una anécdota de Estados Unidos para mostrar su familiaridad

75 "Fructíferas gestiones del matchmaker Lectoure en Estados Unidos" *K.O. Mundial*, no. 877, 4 septiembre 1969, 11.

con el boxeo norteamericano y para sugerir que el pugilismo argentino no era tan despiadado. El promotor argentino contrastaba su estilo con el del estereotípico promotor norteamericano. Según explicaba al periodista, Lectoure le había preguntado a un norteamericano si le aconsejaba a sus boxeadores cómo invertir sus ganancias. “Entonces él me respondió: ‘Mire, como manager, mi obligación es hacerle ganar a mi boxeador la mayor cantidad de dinero posible. Y también que lo gaste lo más rápido posible. Cuando más lo gastan, siempre están para pelear. Siempre necesitan pelear.’”⁷⁶ Lectoure, en cambio, describía su propia relación con los boxeadores como más humana y afectuosa –en otras palabras, más “argentina”.

En sus primeros años en Argentina, la televisión demostró ser un medio esencialmente norteamericano, que dio lecciones sobre el proceso de comercialización de televisores, los medios para obtener ganancias por la programación (la publicidad basada en el modelo de Estados Unidos) y sobre la naturaleza de la programación, que muchas veces imitaba a los shows estadounidenses. A pesar de que relativamente pocos argentinos accedían a ese medio en los ‘60, el periodista Washington Rivera condujo el show “Campeones en el Ring” entre 1956 y 1962. Con la empresa norteamericana Gillette como sponsor, el show semanal salía al aire en Canal 9 los domingos a las 22.30. En cada programa, presentaba “La pelea de la Semana” desde “La Meca del Boxeo: Estados Unidos”. El programa no solo reportaba sobre el boxeo de ese país, sino que también contribuía al endiosamiento del boxeo norteamericano.⁷⁷

En 1975, Rodolfo C. Queeblen escribía para el público argentino sobre la historia del Madison Square Garden, que representaba, según el autor, el boxeo en Estados Unidos. La historia comenzaba con el triunfo del boxeo argentino en Nueva York, visto nada menos que como la salvación del estadio histórico como sala de boxeo. Por varios meses, decía Queeblen, “las puertas del monstruo neoyorkino permanecieron cerradas y ya era inminente la muerte del pugilismo en el país”. Lo que estaba salvando al box norteamericano era el programa del 30 de junio de 1975, cuando Carlos Monzón retuvo el título mediano AMB contra el norteamericano Tony Licata y el medio pesado Víctor Galíndez derrotó a su compatriota Jorge Ahumada por el título mundial de la AMB. En la versión de Queeblen, la historia del Madison tenía a esa fecha como bisagra histórica. Además, el pasado, presente y futuro del estadio eran percibidos desde puntos de referencia argentinos. El 8 de septiembre de 1975, por ejemplo, Tom

76 “Juan Carlos Lectoure: Lo que jamás conto sobre Galíndez, Monzón y Corro,” *Gente*, no. 736, 19 julio 1979, 22.

77 Washington Rivera, “La radio y la televisión, dos ‘amigos del deporte’,” *K.O. Mundial*, no. 932, 15 agosto 1971, 18.

Bethea se enfrentó con Ángel Oquendo, el “portorriqueño ex-rival de Galíndez”. Al poco tiempo pelearía en ese escenario Mike Quarry, el hermano de Jerry “y de quien se dijo alguna vez que podría enfrentar a Víctor Galíndez”. En la imaginación popular argentina, el Madison Square Garden y el boxeo argentino estaban íntimamente conectados.⁷⁸

78 Rodolfo C. Quebleen, “El Madison Square Garden en busca de su pasado,” *K.O. Mundial*, no. 1031, 30 septiembre 1975, 6-9.

Bajo cualquier parámetro, la programación de ese 30 de junio fue excepcional. Además de ofrecer dos peleas por el título mundial en las que intervenían tres argentinos, el plato principal de la velada organizada por Don King era la transmisión en directo por circuito cerrado de la pelea entre Mohamed Ali y Joe Bugner desde Kuala Lumpur, Malasia. Catorce años antes, el promotor Carl Eaton explicaba que “un match Miteff-Lavorante no atraería mucho, dado que los dos son argentinos”.⁷⁹ Ahora, tres argentinos peleaban en el Madison Square Garden, dos de ellos enfrentados. Toda la mitología y el suspenso que traían sus identidades como argentinos podían ser usadas por los promotores y la prensa. A diferencia de Miteff y Lavorante, Monzón y Galíndez no solo no habían emigrado, sino que ni siquiera habían peleado en Estados Unidos. Jorge Ahumada era el único de los tres argentinos que había partido a hacer su carrera en 1973. Bajo el comando de Gil Clancy, quien ya había sido manager de Miteff y entrenador de Bonavena, Ahumada luego se establecería definitivamente al retirarse de los rings. Pese a su entrenamiento en las técnicas norteamericanas, Ahumada fue el perdedor de la noche.

79 John De La Vega, “McCarter to Face ‘New’ Miteff in Olympic Bout,” *Los Angeles Times*, 29 agosto 1961, C3.

A diferencia de Miteff o Lavorante, la imagen que se construyó de Monzón fue la de un campeón. Un argentino que ya se había consagrado en Europa, una estrella, un triunfador que había contribuido a la pérdida de la supremacía del boxeo estadounidense –y de la masculinidad norteamericana de la Guerra Fría– al mantener el título mediano fuera de Estados Unidos. Pese a que la pelea principal del 30 de junio era la que se transmitía desde Malasia, el *New York Times* se preguntaba si Monzón no era la verdadera estrella de esa noche.⁸⁰ En contraste con Miteff, Lavorante o Bonavena, la identidad de Monzón como *outsider* argentino estaba ligada a la indiferencia del boxeador hacia el contexto norteamericano. Monzón se mostraba aburrido e impaciente en la conferencia de prensa. Rodolfo Quebleen, quien oficiaba de intérprete, traducía que a Monzón el Madison Square Garden le daba igual que cualquier otro cuadrilátero. Cuando le preguntaron por su inspiración en los medianos norteamericanos legendarios, aseguró que no sabía nada de Rocky

80 “2 Live Title Fights at Garden May Overshadow Ali-Bugner,” *New York Times*, 29 junio 1975, 169.

Graziano, poco de Ray Robinson, y destacó a Eduardo Lausse, una leyenda argentina casi desconocida en Estados Unidos.⁸¹

81 Dave Anderson, "The Smoldering Middleweight Champ," *New York Times*, 19 junio 1975, 57.

El relativo desinterés de Monzón por Estados Unidos no era circunstancial. Para los norteamericanos, marcaba la ansiedad por la pérdida de la hegemonía mundial en el boxeo. Apenas un año antes, Tito Lectoure denunciaba la quita del título mundial AMB de las manos de Monzón como una maniobra de Estados Unidos, específicamente del Madison Square Garden, para recuperar la corona del argentino.⁸² Cuando se percibía un declive del boxeo norteamericano, *The Ring* se había preguntado qué andaba mal en Estados Unidos para que los buenos boxeadores extranjeros no vinieran como antaño. En efecto, no mucho después de las excursiones de Miteff, Lavorante y Bonavena en busca de gloria boxística, los norteamericanos habían perdido el monopolio de las peleas por la corona mundial.⁸³

82 "Sport News Briefs – Madison Square Garden accused," *New York Times*, 24 abril 1974, 38.

83 Jersey Jones, "The Wide World," *The Ring*, octubre 1964, 28-29, 48.

Conclusión

Si puede clasificarse o no a la relación de Estados Unidos con Argentina como "imperial" es menos significativo que el modo en que la dominación imperial de Estados Unidos en las Américas se extendió a Argentina en estructuras económicas, militares y culturales equivalentes a las de aquellas sociedades objeto de la violencia norteamericana. Carlos Monzón, Sergio Víctor Palma y otros boxeadores de "estilo norteamericano" fueron integrados de dos formas a la larga historia de violencia militar en la sociedad argentina. En primer lugar, fueron estandartes de "neutralidad" política. En plena represión a fines de los años '70, como figuras públicas, los boxeadores famosos se comportaron de un modo que contribuyó a confirmar el mito militar de normalidad política. Como sus pares de Europa y Estados Unidos, entrenaron duro, pelearon con éxito y salieron en las revistas disfrutando de un estilo de vida suntuoso. Expresaron precisamente la imagen que el gobierno militar trataba de promover dentro y fuera del país –una Argentina próspera, moderna y estable, en la que los crecientes reportes sobre violaciones a los derechos humanos no representaban más que delirios de comunistas y otros "descontentos".

En 1978, el gobierno militar organizó el Mundial de Fútbol como vidriera del progreso, normalidad y modernidad argentinos. En tiempos en que las tensiones de la Guerra Fría con frecuencia se expresa-

84 Chris Mead, *Champion Joe Louis: Black Hero in White America* (Londres: Robson Books, 1986), 212; Laren Rebecca Sklaroff, "Constructing G.I. Joe Louis: Cultural Solutions to the 'Negro Problem' during World War II," *Journal of American History*, vol. 89, no. 3 (diciembre 2002): 958-983.

85 Gamal Abdel-Shehid, "Muhammad Ali: America's B Side," *Journal of Sport & Social Issues*, 26, no. 3 (agosto 2002): 320.

86 Cas Wouters, "How Strange to Ourselves are our Feelings of Superiority and Inferiority?" *Theory, Culture & Society*, 15, no. 1 (1998): 131-134.

ban en la construcción de imágenes políticas a través del deporte, boxeadores argentinos destacados tomaron parte en la maquinaria publicitaria de la dictadura en su feroz represión interna en nombre del anti-comunismo internacional liderado por Estados Unidos. Tanto Palma como Monzón aceptaron las felicitaciones públicas de los jefes militares. Siguiendo un exitoso modelo utilizado por el ejército estadounidense con Joe Louis⁸⁴ –un modelo igualmente conocido por su fracaso con Mohamed Ali⁸⁵– los militares llevaron a Monzón y Palma al noroeste argentino, en donde dieron exhibiciones a soldados que combatían contra una insurgencia en gran medida imaginada, la insurgencia fantasma que los militares usaron como excusa para lanzar una guerra interna.

En Estados Unidos, el apogeo popular del boxeo profesional en los '50 y '60 coincidió con la llegada de un puñado de destacados boxeadores argentinos a ese país. En Guatemala, en Irán, y especialmente en Vietnam, coincidió con un nuevo apogeo en la humillación y degradación de pueblos sometidos, como parte del ejercicio del control imperial.⁸⁶ En la violencia dentro y fuera del ring; en los mitos, narrativas e historias de sus participantes; y en las construcciones de los boxeadores argentinos y de otros países, el boxeo puso en evidencia una cada vez más feroz demonización de los "enemigos" extranjeros, enemigos que representaban subversiones políticas y raciales.

La debacle reciente del boxeo en la cultura popular de la Argentina, Estados Unidos y otros países debilitó la fuerza política y cultural de sus imágenes. Sin embargo, aunque menos dominante, la representación norteamericana del "otro" en términos de exotismo nacional y racial está aún presente en el hoy más reducido mundo del box. *Looks Russian, Prays Jewish and Fights Black* (parece ruso, reza como judío y pelea como negro) reza el slogan del joven welter en ascenso Dmitry Salita. Nacido en Ucrania y criado en Brooklyn, los símbolos de la fe judía ortodoxa de Salita se exhiben por todas partes, empezando por su apodo "Estrella de David". Con reminiscencias de una larga tradición de boxeo judío en Estados Unidos que se desvaneció después de los '40, Salita es tan inusual en la escena pugilística actual como lo era Firpo en los '20. La exotización de las identidades nacionales, raciales y étnicas del boxeador muestran aún hoy la sospecha estadounidense de un otro subversivo.

Pese a que hoy unos pocos boxeadores argentinos pelean ocasionalmente en Estados Unidos, incluyendo algunos que desarrollan sus

carreras allí, los años de presencia argentina visible en los rings norteamericanos terminaron. El triunfo inesperado del welter Carlos Baldomir en el Madison Square Garden a comienzos de 2006 revivió en Argentina una memoria selectiva de grandeza, la percepción de que los púgiles argentinos aún hacen historia en Estados Unidos. A los treinta y cuatro años, Baldomir sorprendió al norteamericano Zab Judah y le arrebató el título mundial. Asombrado, Baldomir dijo que se sentía el “Hombre Cenicienta”, en referencia a la película sobre James Braddock protagonizada por Russell Crowe. La prensa argentina vinculó la victoria con un antiguo legado de impacto argentino en el boxeo norteamericano, y más específicamente en el Madison Square Garden. Mientras los medios locales reconocían lo inesperado de la conquista, los argentinos veían una victoria épica. Según el diario *Página/12* el triunfo desafiaba al promotor Don King y al *establishment* del boxeo norteamericano: “Un laburante santafecino de 34 años, experto en injusticias y curtido en sufrimientos, sacudió los cimientos de un negocio multimillonario”. En un boxeo que se ha ido desvaneciendo, los argentinos aún quieren ver a “sus” boxeadores como protagonistas del sueño americano.⁸⁷

87 Daniel Guiñazú, “Ganó con toda la pesada en contra,” *Página/12*, 9 enero 2006, sec. Líbero; Mitch Abramson, “Baldomir Upsets Judah,” *New York Times*, 8 enero 2006, 8.11; “Baldomir. ‘Logré algo grande que enaltece a nuestro boxeo’,” *Clarín*, 9 enero 2006; “Baldomir cumplió su sueño de campeón mundial welter,” *Clarín*, 8 enero 2006.